

COLABORACIÓN

Elogio de la saeta

DR. ÁNGEL RODRÍGUEZ CABEZAS
SOCIEDAD ERASMIANA DE MÁLAGA. CAPÍTULO DE CABALLEROS
DEL SANTO SEPULCRO DE TOLEDO

En la pasada Navidad podíamos escuchar o cantar un hermoso villancico cuya letra exponía todo el acento pronóstico, predictivo, de lo que irremediablemente tenía que suceder. Decía el villancico: «La Virgen mirando al Niño/ le decía con piedad:/ pobrecito de mi alma/ lo que tiene que pasar».

En la pasada Semana Santa el canto de la saeta daba fe de lo que pronosticaba el villancico: «Está expirando Jesús/ junto a la Virgen María/ que lo parió en un portal/ en lejana noche fría».

Imaginemos una escena: Es de noche. En cualquier calle de cualquier ciudad de España. Málaga, grandiosa, imponente, fastuosa, o Toledo, ciudad imperial, austera, templada, hidalga. Las luces trémulas de los pabilos de las velas. Los sentidos atentos para percibir el aroma a flor de naranjo. Una torren-tera de túnicas y capirotos. A lo lejos el eco de la campana en la proa de un trono. El efluvio de incienso enmarcando en contrapicado cinematográfico la cara agonizante del Crucificado.

Un flujo de murmullos precede a un siseo generalizado que aboca en un silencio profundo en la noche azul y oro. Un ¡ay! largo como un rompeolas del alma, como un lance que se difumina en el ambiente amargo de la sentencia cumplida y que se engarza con el primer verso de la saeta, por seguiriyas: «Silencio, que ya se ha muerto/ el hombre que está en la cruz:/ siendo tan santo y tan bueno/ nadie defendió a Jesús,/ el Dios de la Tierra y el Cielo».

dose al son del tambor sordo, cuando otro ¡ay! prolongado, preludio de petición de plegaria, obliga al capataz del trono a una nueva parada.

Mientras el ¡ay! languidece en la noche santa como un lamento del alma quebrada, el cantaor interpreta, la mano abierta, crispada, hablando, diciendo, la mano exageradamente abierta, tensa su musculatura, pero también a punto de cerrarse en el instante siguiente tratando de estrangular la bocanada de aire que brota de su garganta rasgada cuando el cante, por derecho, la saeta, llega a su máxima dificultad y obliga a cerrar los ojos en busca de la concentración que provoca el prodigio, el portento de la letra, piadosa, toda una oración del espíritu roto y atormentado en los versos dramáticos de Manuel Machado: «Quien me presta una escalera/ para subir al madero/ y así, arrancar los clavos/ a Jesús el Nazareno».

En palabras de Manuel Machado, «la saeta está en el ápice del cante jondo. Pero cuando la copla nace en una ventana o en la misma calle, ante los pasos de Jesús y María Santísima, es en el corazón de un silencio, aromado de flores y de incienso, donde se dilata y resuena. La saeta maneja los tópicos cardinales del cante jondo: el amor, la muerte, la pena y la madre. Sólo que aquí el amor es Divino y la madre es María».

La saeta se ha hecho flamenca y se canta por seguiriyas o martinetes. Pero no siempre fue flamenca, que en sus albores, en el siglo XVIII, documentada está en las antiguas reglas de algu-

quien hizo de la oración una pieza de concierto callejero», como ésta: «Nadie le puede igualar/ a Ese que está en la Cruz;/ pá que se entere la gente,/ es el divino Jesús,/ Cristo de la Buena Muerte». O esta otra al paso de la Dolorosa, que si muy malagueña es una, la otra no le va a la zaga: «Dos corazones traspasa/ la muerte en un sólo instante/ el corazón del Señor/ y el corazón de su Madre».

La saeta es el cante que surgió del aflamencamiento de los antiguos cantos piadosos que el pueblo entonaba al paso de las procesiones de Semana Santa, aunque no están aclarados sus orígenes, que opinión en este sentido hay para todos los gustos. La saeta fue siempre un gran enigma, canto de penitencia, quizás «solloza en un vasto Misere-re todo el dolor irredimible de un pueblo, todo el dolor irredimible de la humanidad, aunque expresado con los acentos de un duelo personal e íntimo» (Cansinos Assens, 'La copla andaluza').

En cualquier caso, la saeta es oración: «Bis orat qui bene psallit» («reza dos veces quien bien canta»), decía San Agustín. Y oración a la Virgen que con sufrimiento incomparable se convierte en reverberación eternamente prolongada de la Pasión. Mirando la expresión de su cara lastimosa y llorosa, pero derrochando placidez a la vez, surge en una noche, donde el cielo y la tierra se funden, como un suspiro que llega desde la marisma, la letra flamenca de la saeta: «Las lágrimas de la Virgen/ iban cayendo en la tierra/ y de cada una bro-

